

Marshall T. Meyer como discípulo de Heschel y su actuación en los Derechos Humanos

por Herman Schiller

Queridxs amigxs y queridxs compañeros. Buenas tardes y gracias por convocarme a compartir con ustedes este coloquio.

Empiezo con una anécdota.

Hace algunos años, llegó a la Argentina un representante del Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) -o sea, la guerrilla salvadoreña- que peleaba entonces contra la feroz dictadura de ese país. Ese guerrillero era sacerdote católico y se llamaba Rutilo Sánchez, quien pocos años después caería en combate.

Aquí en Buenos Aires, tuve la oportunidad de entrevistarlo. El reportaje transcurría sobre carriles más o menos previsibles, cuando en un momento determinado apareció el tema judío.

El dirigente me dijo: “Ah, tu eres judío. Qué bien, porque en Nueva York tenemos un rabino que es una maravilla. Cada combatiente de nuestras organizaciones, cada exiliado de Centroamérica que llega allí, él los refugia en su sinagoga y les da techo y comida”. Y yo le pregunté entonces al guerrillero, no sin cierto asombro: “¿Quién es ese rabino?” Y él me respondió: “Se llama Marshall Meyer”.

Efectivamente, Marshall Meyer, en su sinagoga Bet Yeshurun de Nueva York, solía decir que una sinagoga que solo sirve para rezar, en realidad no sirve para nada. Y agregó: “Si alguien quiere hacer del judaísmo un club privado, a mí no me interesa.”

¿Y por qué traigo esta anécdota tan significativa justo en un día que le rendimos homenaje al gran Heschel? Para subrayar las diferencias.

En Villa Crespo, barrio de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires donde transcurrió mi infancia, había hasta no hace mucho una escuela judía abandonada, llamada Jaim Najman Bialik, en la calle Aguirre, donde cursé mis estudios primarios judíos entre 1947 y 1951. Todavía no se había desarrollado la enseñanza de doble escolaridad creada más tarde.

Y bien, a fines del siglo XX, la escuela Bialik estaba vacía, abandonada, y los indigentes del barrio fueron al establecimiento y lo ocuparon, como ocupan legítimamente tantos edificios abandonados. Y ¿qué hicieron los burgueses judíos de Buenos Aires? Llamaron a la policía para desalojar el edificio. Y todos sabemos muy bien que, si hubiera estado Marshall T. Meyer en la calle Aguirre, en vez de llamar a la policía, hubiera organizado enseguida la comida para los ocupantes.

Pasó el tiempo, y un día, después de 25 años de trabajo muy intenso, Marshall volvió al país de origen. Al cabo de una década, más o menos, retornó a Buenos Aires por unos días, oportunidad en la que el periodista Ernesto Tenenbaum le hizo un reportaje en Página 12.

“¿Qué está haciendo en los Estados Unidos?”, le preguntó Tenenbaum.

Y Marshall respondió: “ Estoy armando una comunidad alrededor de una sinagoga comprometida con la realidad que lo rodea. En Nueva York hay 40.000 personas sin hogar. Instale en el sótano del templo un lugar donde, por la noche, duermen cientos de personas sin techo, con hambre, muchos de ellos negros y casi ningún judío, a pesar de que hay miles de judíos pobres allí. En los Estados Unidos

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO
MARSHALL T. MEYER

hay 34 millones de personas que viven en condiciones de extrema pobreza. Estamos tratando de crear una comunidad coherente con el mensaje social del judaísmo”.

Ese era Marshall, un hombre que, entre otros atributos, nadó contra la corriente. E hizo lo que hizo, no para blanquear a nadie, sino por una vocación ética que venía de sus entrañas. Y , por supuesto, solía ser muy duro al denunciar las lacras internas.

De todos modos, quiero subrayar que Marshall y yo, no éramos lo mismo. Había matices y diferencias bastante profundas. Él no tenía aliados en la comunidad judía para enfrentar a la dictadura, salvo algunas excepciones de su entorno, como los rabinos Baruj Plavnick z’l y Robert Graetz. Y yo, a mi vez, en medio del horror, tampoco tenía ninguna posibilidad de hacer alguna alianza anti dictatorial con mis pares del frente interno, la izquierda judía, inclusive con el HaShomer HaTzair o el mismo I.C.U.F., que estaban congelados y paralizados, en el mejor de los casos; o lisa y llanamente estaban apoyando a la dictadura, en el peor de los casos, como ocurrió con el I.C.U.F., que en 1981 llegó a mandarle una carta de salutación y apoyo al propio genocida Videla.

En ese clima de soledad, incompreensión y obsecuencia hacia los asesinos, con Marshall nos unió al principio solo el espanto, pero después una profunda convicción de pelear juntos.

Para mí fue un honor compartir con Marshall intensos días de lucha.

Marshall era parte de la gran vocación transformadora del judaísmo, y también, innegablemente, era parte de la gran tradición rebelde de los liberales y radicales norteamericanos.

Hoy, en este Seminario Rabínico Latinoamericano que cumple 60 años, vengo a recordar a su fundador, un grande como Marshall; y también, a quien fuera su maestro, el rabino Abraham Joshua Heschel, de cuya partida se cumple medio siglo.

No sé por qué no parece, pero Heschel y Marshall solo se llevaban 23 años. Heschel nació en 1907 en Varsovia y murió el 23 de diciembre de 1972 en Nueva York. Marshall nació en 1930 y falleció en 1993, en ambos casos también en Nueva York.

Marshall aprendió de Heschel que la Torá no es un escondite de vidrio para avalar la impunidad de los opresores, sino el instrumento judío más apto para enfrentar las injusticias del poder. Rab Abraham Joshua Heschel, que pudo escapar a tiempo de la trampa infernal del nazismo, aunque tuvo que lamentar que mataran a su hermana, Esther, fue antes que nada un humanista que logró demostrar que la tradición milenaria del judaísmo y la lucha de los pueblos contra los Estados e instituciones opresoras, no constituyen conceptos antinómicos y, mucho menos, contradictorios.

Al contrario, Heschel enseñó que a los fascistas de su país, como el Ku Klux Klan, que persiguen y explotan y matan a los negros, se los puede enfrentar con dureza y también con la Torá en la mano. Y que el genocidio contra el pueblo vietnamita desencadenado por el régimen gobernante de los Estados Unidos, se lo puede denunciar sin inhibiciones desde la identidad judía.

Por eso Heschel marchó con su amigo Martin Luther King y miles de negros en Selma, Alabama para protestar en el corazón del nefasto sur racista, contra la discriminación y los crímenes cotidianos perpetrados por el propio Estado.

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO
MARSHALL T. MEYER

Fue ahí, después de la multitudinaria movilización en Selma, extasiado y conmovido por su vivencia y por todo lo que había sentido en aquella inolvidable jornada de lucha, que Heschel acuñó la célebre expresión de que también “se puede rezar con los pies”.

A Heschel y a Luther King los unía una profunda amistad que nacía de la militancia por la vida y la lucha cotidiana. También marcharon juntos en Washington en aquella masiva demostración que pasó a la historia por el discurso de King “Yo tengo un sueño”.

Siempre me emociona observar la foto inigualable que muestra a Luther King usando el micrófono y a Rab Abraham Joshua Heschel, observando desde atrás. A no pocos judíos reaccionarios de entonces les escandalizó que un rabino fuera amigo de una “shvartzer”.

Marshall, desde el púlpito de Bet El, aunque no todos sus feligreses estaban de acuerdo, usó palabras similares a las de Heschel para referirse a las movilizaciones y enfrentamientos que se desarrollaban aquí en tiempos de la dictadura militar con la participación del Movimiento Judío por los Derechos Humanos.

“Gritamos contra los milicos asesinos y rezamos con los pies”, enfatizó Marshall.

Las propias Madres de Plaza de Mayo, llegaron a decir que odiaban las religiones, pero que hacían suyo el hermoso concepto de rezar con los pies.

En 1987, el Seminario Rabínico Latinoamericano publicó un libro titulado “La Democracia y otros ensayos”, que incluía muchos de los conceptos filosóficos y políticos expresados por Heschel. La introducción estuvo a cargo del propio Marshall, quien, entre otros conceptos, expresó: “Heschel fue un hombre apasionado y dolido, dolido por las injusticias de la vida. Y, sin embargo, sabía cantar y reír. Fue un gigante, como hombre y como judío. Representó lo mejor que puede ofrecer el judaísmo”.

He tomado de ese libro algunos conceptos de Heschel, breves y sin pelos en la lengua.

“La guerra del Vietnam es, por supuesto, un asunto religioso ¿Cómo puedo rezar cuando sobre la conciencia pesa el conocimiento de que participo en la responsabilidad por la muerte de gente inocente en Vietnam? En una sociedad libre, algunos son culpables, pero todos somos responsables”.

“La herejía es a menudo una expresión indirecta de fe”.

“Hablo como una persona que pudo dejar Varsovia, la ciudad en que nací, apenas seis semanas antes de que comenzara el desastre. Mi destino fue Nueva York, pero podría haber sido Auschwitz o Treblinka.”

“La persona religiosa tiene la obligación de participar personalmente en la lucha a muerte por el triunfo del espíritu contra la blasfemia religiosa del prejuicio racial y por la inaceptabilidad moral de la guerra, en especial la de Vietnam.”

La agencia noticiosa judía local –Vis a Vis- entrevistó hace pocos días a Yizhar Hess, vicepresidente de la OSM, que vino al estreno en estas latitudes de “La noche del seder de Heschel”, obra basada en la circunstancia de que Luther King no alcanzó a participar de la cena de la festividad de Pesaj en la casa de Heschel porque fue asesinado un día antes. Y bien, al dirigente de la OSM le preguntaron qué opinaría Heschel hoy de Israel. Y Hess seguramente sorprendió a su interlocutor, porque contestó que sin duda Heschel se mostraría muy orgulloso de los impresionantes logros alcanzados por el

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO
MARSHALL T. MEYER

Estado de Israel en todos los órdenes, pero también – agregó Yizhar Hess-, Heschel cuestionaría el trato de Israel a los pobres y a los palestinos.

Y concluyo con tres reflexiones breves.

En el año 2000, cuando visité Cuba, fui invitado por la comunidad judía. Fue en un Shabat presidido por un seminarista argentino de esta casa, que creo se llamaba Iván. Entonces hice en tierra de Fidel lo que no hago en Buenos Aires; participé del oficio sabático. Fue en el hermoso templo judío de La Habana, cerca del Malecón. Y bien, después de las ceremonias, me hicieron hablar. Y dije en la capital cubana exactamente lo que pienso; que hay muchos judíos que no entienden a los revolucionarios y, lamentablemente, muchos revolucionarios que no entienden a los judíos. Un viejo dicho en idish dice “Me ken nisht tantzn mite in fis oif tzvei jasenes” (No se puede bailar al mismo tiempo en dos casamientos) Y yo traté siempre de bailar en los dos casamientos al mismo tiempo y no sé hasta qué punto lo hice bien.

Ser revolucionario, ser socialista, ser un luchador por el cambio de las estructuras socioeconómicas desde la identidad judía, parecería ser hoy para muchos una tarea utópica, casi inalcanzable y, en algún sentido, casi delirante. Máxime en estos tiempos en que el judaísmo está regido, en buena parte del planeta, por la derecha, inclusive en Israel. Pero para mí la utopía sigue vigente, aunque innegablemente en ese instante sea una cuestión nada fácil.

Y la cotidianeidad en el mundo nos llena de casos y ejemplificaciones sobre lo difícil y entreverado que es todo esto. Potenciado por el conflicto en Medio Oriente, crece el antisemitismo de izquierda, que yo rechazo y combato como hombre de izquierda. Y crece el antisemitismo tradicional de derecha con atentados a diario con olor a esvástica, especialmente en Occidente.

Pero ahora ha surgido simultáneamente un fenómeno nuevo, impensable hasta no hace mucho, producto del cruce de circunstancias y razones complejas surgidas a raíz de los cambios geopolíticos internacionales de las últimas décadas. Se trata del fenómeno de los neofascistas que pregonan su admiración por Israel.

Yo no pensaba tocar hoy este tema, porque estoy algo cansado de ser confundido, denigrado, demonizado y acusado de lo que no soy. Pero decidí abordarlo inspirado y empujado por palabras que pronunciara el anterior presidente de Israel, Reuven Rivlin.

Rivlin habló el 19 de junio de 2019 en la Conferencia Internacional para combatir el Antisemitismo que se realizó en territorio israelí. Y Rivlin causó sorpresa cuando con toda lucidez especificó: “También debemos mostrar cero tolerancias con el antisemitismo de la derecha, incluso cuando viene de aquellos fascistas que dicen admirar a Israel“. Esto dijo un ex presidente de Israel. ¡Y qué no dirían hoy Heschel y Marshall sobre este mismo tema!!

Reflexión breve número dos.

Un hermoso libro judío de la antigüedad, el “Pirkei Avot”, escrito en arameo, contiene un aforismo, un consejo que me ha guiado siempre: “Al titvadá Iarashut”, no te acerques al poder.

No solo he tratado de estar lo más lejos posible del poder del Estado opresor, sino que lo he enfrentado todas las veces que he podido.

Y concluyo con la reflexión breve número tres.

SEMINARIO

RABÍNICO LATINOAMERICANO
MARSHALL T. MEYER

“Heschel y Marshall fueron dos teólogos y sé que aportaron mucho al desarrollo de la teología y a la convivencia entre los credos. Ellos sabían mucho sobre este tema. Yo no sé nada. Y no solo no sé nada sobre este tópico, sino que además miro con desconfianza, no la unidad real, no la comprensión igualitaria de los distintos, sino el mero amontonamiento oportunista promovido por la religión hegemónica. Y miro con desconfianza la ola de obsecuencia que se ha desatado de este lado de la trinchera, cuando bien sabemos que, más allá de lo discursivo, la Iglesia oficial aún no terminó de saldar sus dos milenios de criminalidad. De criminalidad contra nuestros hermanos los pueblos originarios, y de criminalidad contra el pueblo judío.

Efectivamente, no sé nada de teología.

Sí sé que Heschel jugó su cuerpo y su alma para defender a los afrodescendientes contra la crueldad del racismo. Y jugó su cuerpo y su alma para enfrentar aguerridamente el genocidio que distintos gobiernos norteamericanos desencadenaron en los confines del continente asiático.

Y también sé que Marshall jugó su cuerpo y su alma para visibilizar ante el mundo a los asesinos de estas latitudes que mataron, torturaron, secuestraron, saquearon e hicieron desaparecer a toda una generación de argentinos.

Rabbi Abraham Joshua Heschel, y Rabbi Marshall T. Meyer, fueron (son) dos gigantes. Y este enano que habla, les rinde homenaje.